

Este modo de manifestar la propia visión tiene antecedentes. Edgar Allan Poe pedía, a la vez repitiendo y reformando una larga tradición de autores que llega hasta Aristóteles, que las historias fuesen el reflejo cabal de su propio creador: que se refirieran a lo real pero que le agregaran, para dar sentido a su existencia como obras de arte, la contemplación subjetiva, el paso del universo entero a través del “velo del alma” del creador individual. Lo que cuenta, por supuesto, es qué tanto podemos ver de esa alma, de esa conciencia a la hora de que se enfrenta con las palabras. Pero en este sentido *El turno de Anacle* es un triunfo: Galo Galarza se nos muestra clarísimamente en estas páginas y nos invita a leerlo.

ALBERTO CHIMAL
MÉXICO, 2010

YANKO MOLINA,
Objetos frágiles
Quito, Paradiso, 2010, 83 pp.

El trabajo del escritor es incesante, nunca concluye. A la perfección la sentimos siempre lejana, distante. Cuando acabamos de escribir sobre la página la sensación de que algo falta es permanente, nos parece que somos torpes, titubeantes, que no decimos suficiente o que decimos demasiado. Pero es de esta insatisfacción permanente de donde surge la buena literatura. Y de eso hablamos cuando leemos el libro *Objetos frágiles* de Yanko Molina Rueda, que hace poco salió con el sello de Editorial Paradiso.

Los seis cuentos que lo conforman demuestran un trabajo minucioso, meditado, ajeno al apresuramiento de cierta literatura contemporánea que se deja contagiar por la velocidad y frenesí de los tiempos que vivimos, sin darse cuenta –o simplemente lo ignoran– que la literatura debe ser el freno de ese desbocamiento, ya que es ella la que debe medir y meditar los actos humanos, el narrar literario no es una mera y llana descripción de acontecimientos o hechos, sino que, además, implica su reflexión. Es como si en vez de tomar el camino difícil y lleno de obstáculos pero de encantador paisaje, nos dejamos tentar por la carretera asfaltada rodeada de terreno yermo, y una vez dentro del carril rápido de la autopista perdemos la lenta visión de la cosas, que es la visión del artista, y nos acercamos más bien a la fugaz mirada del periodista o el cronista.

La detención de la que hablo la logra Molina con un adecuado manejo de la prosa, el cuidado y la precisión de esta le permiten conseguir un ritmo pro-

pio y singular al libro, una música suave y envolvente, a veces morosa. Se evidencia ya en este primer libro un estilo personal, una dedicación al pulimiento de la palabra sin perder en ningún momento la idea de la narración, es decir el hecho del contar, consiguiendo finalmente historias intensas, entretenidas, sensibles, donde el peso de lo sensorial –sea de lo visual, auditivo o táctil (“Oiría, mientras se extendía en el agua, el sonido de las pulseras cayendo sobre la superficie de laca de la mesita, y luego escucharía, o imaginaría, el plegarse moroso de sus ropas”), sea de los olores y sabores (“Luego más dulces y cuerpos, una gota de jarabe resbalando por un vientre, hojaldré desmigajándose en el hueco de una axila”)–, se constituye como un componente importantísimo en todos los cuentos, en una constante argumental más que en un aditivo meramente accidental, tanto así que en algunos de ellos esta obsesión sensitiva se convierte en el desencadenante de toda la trama.

El libro se divide en dos partes: “Objetos frágiles” y “Posfacio”, diferentes en la piel textual y el tratamiento de la historia, pero unidas por ciertas constantes que se pueden descifrar en el libro: Una, primera, evidente en mi lectura es la imposibilidad de posesión del objeto deseado, hablo de una posesión completa, real, tangible. Todos los personajes de una u otra manera llegan a ese “oscuro objeto del deseo” –parafraseando a Luis Buñuel– pero al final no lo pueden “poseer”, por lo menos en el sentido en que ellos lo quisieran, el sentido de la intimidad no llega a conformarse como lo quisiera el deseante, el deseado no puede ser asido.

De ahí viene la segunda constante: la pérdida. Si bien la posesión nunca se

ha dado en la forma en que los personajes lo hubieran querido –y que ya hemos definido más arriba–, sí hay un atisbo de esa posibilidad; pero, la conducta de esos mismos personajes hace que todo se destruya en sus manos –en algunos casos literalmente–, es decir la promesa de dicha está negada en sí misma, condenada a la pérdida aún antes de ser poseída, pero, como toda pérdida, arrastra dolor y se intensifica la sensación de vacío, del Ser incompleto.

Analicemos en este contexto cada uno de los cuentos de la primera parte: En el primero, “Los objetos frágiles”, el obeso narrador ve en la muchacha llevada a su refugio la posibilidad de posesión, pero la pérdida se da en el mismo hecho de caer sobre ella, extinguiéndola. En el segundo, “Baño lustral”, la posesión para el hombre viejo es posible, pero, a la vez, su misma condición lo imposibilita, no tan solo del acto físico sino de la intimidad. En el tercero, “Hay un código en el piso”, el secreto compartido por el narrador y el mendigo, es el objeto de posesión, pero para el narrador este, a pesar de ser intuido, no es revelado; la minusvalía del mendigo, en cambio, le permite lograr el desvelamiento del código secreto. En “Dulces”, la muerte de la madre desencadena el deseo del protagonista, este se encarna en dos elementos: el cuerpo de mujer y los dulces, pero su posesión se traduce en su destrucción. En el quinto cuento, “Idénticas en el espejo”, el deseo, que ronda por todo el cuento, se transforma en obsesión, es decir es un deseo siempre insatisfecho, de imposible perdurabilidad.

La segunda parte: “Posfacio” solo lo compone el cuento ‘Hagiografía’, que como los demás sigue las líneas de la cuidada prosa, de lo meticuloso de las

descripciones, pero además en este cuento se introducen eficientemente una serie de recursos estilísticos y narrativos que enriquecen al texto, a la vez que lo diferencian de los del resto –de ahí la razón de estar en otra sección del libro–, así están ahí la parodia –más estrictamente la autoparodia–, la sátira, la autorreferencialidad logrando consolidar una historia, extraña y divertida, sin perder la hondura del resto de cuentos. En este cuento el objeto de deseo no es ni el cuerpo, ni algún secreto, ni la intimidad con el otro, sino que se transforma en algo más sutil, en el reconocimiento y el ego, claro que todo termina en el ridículo y en la vergüenza, pero es ahí cuando más se siente la confrontación de esos principios que conforman el hilo de todos los cuentos del libro.

Por supuesto, todas estas referencias están tejidas con habilidad y delicadeza, no son evidentes y en algunos casos se juega con la ambigüedad y el dato escondido. Pero estas cualidades narrativas no son carentes de verdad, más bien dicho, de autenticidad. Lo que menos sentimos cuando leemos este libro es que es algo impostado o falso. Uno de los elementos para que la lectura sea un placer tan pleno, por lo menos en mi caso, es la autenticidad, y esa en *Objetos frágiles* es patente.

No solo en estos tiempos se ha hablado de la necesidad de los libros, de razones válidas para editar tantos libros, y no es una cuestión baladí cuando vemos tal cantidad de publicaciones cuyos únicos objetivos son: engordar el ego de sus autores, una búsqueda de figuración mediática, escalamiento social, o simple aburrimiento. Pero cuando veo un cuentario como *Objetos frágiles* siento que es un libro necesario, que

este libro al ser confrontado con los de su especie y los de su tiempo tiene cosas que decir, que elige un peculiar modo de decirlas, que, de cierta manera, enfrenta a un nuevo tiempo –donde lo novedoso abunda–, pero que se siente tan cansado como el viejo, recordándonos así, que solo el trabajo que se engarza en una tradición es el que perdura, el que ayuda a sostener a ese frágil pero hermoso edificio que es la literatura.

CÉSAR CHÁVEZ AGUILAR

CENTRO CULTURAL BENJAMÍN
CARRIÓN, QUITO